



Basta de “corazones”, de “almas”, de “el niño que todos llevamos dentro”

En su tierra, el escritor Javier Marías “es un acontecimiento, haga lo que haga”, aseguran sus editores. El literato español más leído hoy en Europa ya ni siquiera puede sentir envidia de su padre, el con razón celeberrimo Julián. Ha publicado varias novelas y, entre ellas, su «Corazón tan blanco» logró rápidamente el éxito internacional, así como «Mañana en la batalla piensa en mí» consiguió el beneplácito casi total de la crítica.

En febrero de este año, Marías publicó «Miramientos», en el que retrata a 44 escritores hispanos, elegidos por su apariencia —“intenta comentar imágenes”, ha dicho— y por la opinión personal que le merecen. Entre ellos, aparece Neruda. En el texto que leyó Marías cuando se presentó el libro, se deslizaron estos conceptos: “Esos ojos saltones y un poco despreciativos, la cara ensanchada, confieren al hombre reminiscencias del batracio”. Más adelante, debió agregar: “Ruego que me disculpen los chilenos en general y sobre todo sus devotos”.

Pero Javier Marías, que además de gran escritor está resultando una especie de “enfant terrible” de las letras, resolvió, sin tapujos, incluir en su libro un texto titulado “Autorretrato farsante”. Para rematar su comentario sobre su más reciente fotografía, escribió: “Seguramente sigue sin poder nada serio, no contemporiza y puede ser justiciero; pero también ha aprendido a ser piadoso”.

Cada uno, de leer lo que vendrá a continuación, podrá elegir si Marías ha sido justiciero o piadoso. Hemos tenido a la vista un reciente artículo suyo reproducido en “La Nación” de Buenos Aires, titulado “Tentaciones de la cursilería”. Después de una corta introducción, el escritor va derecho al grano. Advierte a sus lec-

tores que es fácil que en la escritura, tanto pública como privada, uno caiga en la tentación de ponerse solemne y “a soltar cursiladas incommensurables”. Lo que a él, y seguramente a otros, resulta más llamativo y hasta alarmante es la cantidad de cursiladas que la gente notable dice, por ejemplo en las entrevistas que se ven y oyen. Y directamente ominoso encuentra que sean a menudo sus colegas, los escritores profesionales, quienes “esparzan más melindrosas bobadas cuando deberían ser ellos los más prevenidos a la hora de incurrir en lugares comunes y topicaos, en expresiones supuestamente ‘bonitas’, frases manidas y sandeces como floreros”.

Durante la última Feria del Libro, Marías leyó una cantidad de declaraciones de sus colegas, y la acumulación le hizo advertir con horror que la gran mayoría, con independencia de edad, sexo, nacionalidad o género más practicado, “se zambulle con ufania en mentecateces ruhorizantes”. Citó el caso de un autor muy vendedor, quien confesaba, por ejemplo, respecto a su último producto vendible: “Ha sido la autobiografía de mi corazón”. Y luego poetizaba sobre el prosaico momento de firmar en la Feria, calificándolo, no recordaba Marías, si de mágico o lúdico o copulativo: “El roce de las manos cuando yo doy el libro”, exclamaba transido y sin duda pegajoso. Otro escritor maduro, extranjero y que sostiene mucho, afirmaba para expresar su amor a un país ajeno: “Hasta sueño en su lengua, lo que quiere decir que ese lugar forma parte de la geografía de mi alma”. ¡Santo cielo!, gritó Marías: “Ya la sola palabra alma suele ser problemática (y lo dice quien la puso en uno de sus títulos, como corazón en otro, con mucha duda); pero que además cuente con ‘geografía’ sólo queda supe-

rado por lo que, en el periódico del mismo día, aseguraba un tercer autor, más joven y de nuestro norte: ‘La naturaleza sirve para expresar el paisaje del alma’. Las almas de los escritores parecen superpobladas, roturadas y jeroglificadas, de tanto como contienen. Pero es que en la misma página venían las manifestaciones de un cuarto, de nuestro sur, casi un debutante, al que no sonrojaba hablar de ‘contar historias a los niños que llevamos dentro’. Sería no desear que esos niños no correteasen también por el alma sino por algún otro territorio menos concurrido, o si no estallaría el invento, se encuentre donde se encuentre”.

Que escritores consagrados o incipientes larguen trivialidades “refitoleras” (como las llama Marías) a troche y moche y sin avergonzarse es un síntoma preocupante de lo poco que se les exige y lo muchísimo que se les pasa: para él, esas frases e imágenes son propias, a lo sumo, “de una folclórica o un modisto de antes”. En ese antes, agrega, “a estos escritores nuestros los habrían jubulado por tales manifestaciones”.

Para el escritor, hay muchas más, repetidas hasta la náusea, pero cree que aquí no caben. Se limita a señalar una infatigable que ya no se aguanta: “Todos somos...”, y a continuación cualquier ser o colectivo maltratado o desfavorecido: ‘negros’, ‘pobres’, ‘presos’, ‘inmigrantes’, y sobre todo ‘mestizos’. El escritor piensa que hay que decir ¡basta!. Porque, además, “creer que todos somos lo que no todos somos es la mejor manera de que sigan siendo maltratados los que si lo son de veras”.

Después de esto, ¿qué otra cosa cabe sino leer, ¡ya!, a Javier Marías? Pues, con el escritor, decimos: ¡Vade retro, empalagosa caterva de grandilocuentes. Hablemos claro!

Basta de "corazones", de "almas", de "el niño que todos llevamos dentro" [artículo] Víctor Manuel Muñoz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz, Víctor Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Basta de "corazones", de "almas", de "el niño que todos llevamos dentro" [artículo] Víctor Manuel Muñoz. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile